

A quien trajo la niebla

(Excerpt in Spanish)

Translated by: Damian Ahlin

Contact of the translator: damian.ahlin@gmail.com

3.

Cuando finalmente alcanzó la cuesta, que se elevaba suavemente hacia el patio de la solitaria casa, ya había oscurecido completamente. Pudo reconocer solo la oscura, jorobada parte trasera del techo de paja el cual lindaba con la dependencia. Lo que lo ha estado alumbrando durante todo este tiempo, era precisamente el interior de esta parte del patio. En algún tipo de granero o taller abierto se encontraba colgando debajo del techo, una lámpara de querosen encendida. Esto indicaba que los lugareños, a pesar del crepúsculo, aun no se habían cruzado de brazos. Tan solo podría adivinar si se habían demorado con el ganado o los mantenía ocupados alguna otra cosa. Ya que aun mas tarde, cuando ya se encontraba en el lugar iluminado, e inquietante parado bajo la lámpara, no había nadie a simple vista. Por lo tanto, miró a su alrededor, escuchando a escondidas y esperando. El espacio donde ardía la luz era muy probablemente una herrería. En su interior estaba lleno de hollín que se asomaba desde la chimenea, en los estantes junto al yunque estaban esparcidas y colgadas unas negras herramientas. Se preguntó si esto no sería el taller del herrero que le habían comentado - y es precisamente esto lo que quería averiguar lo antes posible. Pero aquí, como si fuese una maldición, aun no se había asomado nadie al patio, como tampoco se había escuchado movimientos tras las paredes. Zapateó para quitarse el barro de los zapatos empapados. Como el barro no salía, se los trató de limpiar en el pasto. Finalmente se rindió y así, embarrado y desarreglado, pasó bajo el alero hasta la única puerta. Golpeó la puerta - y luego algunas veces más fuerte. Como aun así nadie respondía, ya completamente impaciente, sujetó la enorme manija. La puerta estaba cerrada con llave.

Entrecerró los ojos y se desplomó de espaldas en la pared.

¡Fue demasiado loco, todo esto, de verdad! - ya no quiso ni supo preguntarse.

En el poste, debajo del techo de paja encima de él, colgaban viejas herraduras. Las había de muy diferentes tamaños - desde aquellas que cabían en la palma de la mano de un hombre hasta las extremadamente grandes - algunas de ellas estaban desgastadas hasta el núcleo. En la columna junto a él, se encontraba apoyado un rastrillo. Sus largos dientes estaban lamidos y relucientes, como las malvadas puntas de unas lanzas. Desde la entrada hasta la herrería por encima del patio estaba tendido un cable. De él colgaba una pesada cadena para perros. El perro probablemente la rompió debido a que en el final de la cadena, no había gancho, ni collar, y afortunadamente no se lo avistaba. Pero... ¿qué podría significar que la granja estuviese realmente abandonada? A pesar de todo, él estaba condenado a esperar. Ni siquiera se atrevía a pensar de adentrarse nuevamente en la húmeda noche y a lo desconocido. Tampoco podía irrumpir así por que sí, sin saber de quién era, ni donde se encontraba realmente. Aparte de eso: por mucho que deseara un refugio y un lugar cálido, le tenía mucho miedo a este interior sordo y mudo.

Y era de nuevo ese miedo extraño, hasta ahora desconocido, que lo tenía abordado ya en la llanura. Miedo, que surgía del presentimiento de que alguien lo observaba, disfrutaba de su confusión y lo atraía cada vez más hacia lo oculto y lo obscuro. Asimismo, también existía el temor de que ahora, ya no podría poner resistencia, que este horror lo abrumaría y enloquecería completamente. Entonces, por supuesto, - ¿podría realmente volver hasta el brezo donde había

escondido la maleta? ¿Llegaría alguna vez a Mokuš? Esto es exactamente lo que más deseaba ahora. Lo quería más que nunca. Porque es en estos momentos de ansiedad percibía lentamente que ya no podía hacerlo solo, y sobre todo no, sin la misericordia de Dios. Si no le hubiera creído completamente al padre Jonifacio hace unos días, que Mokuš tan solo podía ser su penitencia, ahora creía cada vez más en que Mokuš era realmente su destino. Entonces era necesario abstenerse y probar. Al menos valía la pena intentarlo. Así que para él, sin lugar a duda, no quedaba nada más que intercambiar las miradas con todo lo repulsivo y extraño. Pero cuando estuvo en sí, reclinado, buscando encontrar una nueva fuerza interior, volvió a levantar la cabeza, y le pareció que había algo moviéndose en la oscuridad ...

¡Si!

Se puso de pie y forzó la vista.

Todavía estaba ahí. Y cruzó el patio en su encuentro.

Y respondió.

¡Mmmmu! se escuchó.

Carajo – dijo a regañadientes Jon Urski – *¿una vaca ?!*

Y realmente era una vaca. A su lado, un anciano delgado y jorobado, dio un paso hacia la luz que provenía de la herrería hacia el patio. En la palma de la mano sostenía el cabestro de tal forma que al sujetarlo aún le quedaba una buena puntada de la gruesa cuerda con la que podría en un momento domar al animal. E incluso estaba furioso, como si acabase de pelearse con la vaca en la oscuridad. Sin embargo, contrariamente, el animal por el contrario, parecía estar perezosa y sumisa. Ni siquiera se inmutó por los golpes, ni tampoco apuró el paso. Solo de vez en cuando bamboleaba su cabeza, como si estuviese en pie con sus últimas fuerzas. Y en ese momento sus grandes ojos parecían aún más grandes. Jon Urski pensó que estos eran los ojos más tristes que jamás haya visto. Si bien «tristeza» no era el único término que podía usar para describirlos. Melancólico. Le pareció que el animal, en este instante, estaría a punto de largarse a llorar ... El viejo, aún más despiadado, le pegó con el puño cerrado, para que el animal se corra hacia la pared y así pudo atarla a la columna delante de la herrería.

Jon Urski tosió y caminó hacia él por debajo del alero.

El anciano, que ya debió haberlo visto, ni siquiera giró la cabeza.

Ya me parecía extraño que no hubiera nadie por ningún lado, intentó en voz alta explicarle la situación y pedirle disculpas.

El hombre ni siquiera atinó a mirarlo aún. Se frotó la mano con la que hasta ahora había estado apretando la correa. Se escuchó como le temblaron las articulaciones. *¡Te mostraré!* le gruñó a la vaca. *¡Ya verás!* Por poco no la golpeó de nuevo. Entonces, deslizándose por el umbral para limpiar sus suelas embarradas, entró al taller.

Jon Urski estaba parado junto a la pared y ya no sabía qué hacer. Pero ¿Realmente el extraño tenía tanta rabia que todo lo demás le resbalaba? ¿O estaba tan inmerso en sus intenciones que estaba realmente sordo y ciego? Pero de todas maneras, -qué otra cosa podría hacer- como intentar acercarse nuevamente a él. *¡Solo seguí la luz!*, expresó *¡Era la única señal en los alrededores!*, se encogió de hombros y extendió las manos. *De lo contrario, me hubiese perdido por ahí.*

¿Entonces la vaca no es suya? el anciano gruñó, mirándolo al fin.

¿Mía? Desconcertado miró a los diminutos, raros ojos grises.

¡Ya me lo imaginaba! Respondió de mala manera. *¿Cómo no?* se inclinó de nuevo y comenzó a ordenar sobre el chimenea. Ciertamente iba a encender el fuego ...

Entonces, si pensó que el animal podría ser mío, expresó Jon Urski, entonces *¿tampoco es suya?* preguntó con temor.

¡Vamos, vamos! le gruñó nuevamente. *¡Toda la mañana estuvo balando por los alrededores!* tirando un tronco con furia. *¡Justo bajo la ventana quería venir cuando pensó que no podía*

verla! Pero cuando tomé el látigo, la vieja se escapó. ¡Y nuevamente comenzó a balar y a dar mal augurio por ahí! ¿Cómo podría uno, después de todo esto, saber cómo era la cosa?

Jon Urski asintió en silencio, aunque no entendió. Obviamente el anciano obviamente le estaba contando algo que le parecía que se sobreentendía. Por eso ya no tenía la intención de seguir hablando. Cargó todos esos leños gruesos en la chimenea y luego con un hacha pequeña los partió en pedacitos. Al mismo tiempo, seguía parlotando y de vez en cuando maldecía la vaca. Jon Ursky, lo seguía como un cachorro, y ahora volvió a tener frío. Tan solo esperaba que el anciano finalmente prendiera el fuego. Pero el tan malvado se puso a ordenar todo a su alrededor y no se inmutó por el rechinar de sus dientes. Al parecer tampoco tenía tanto apuro. Todas sus habilidades, y sin lugar a dudas, sus quehaceres acostumbrados, se transformaban lentamente en una especie de ritual cotidiano, cuando era necesario pensar y preparar todo minuciosamente. Tal meticulosidad es inherente a todo buen maestro, -el visitante de algún modo lo sabía- pero ahora no podía descubrir qué estaba tramando el hombre. Más aún, le pareció que el anciano tenía la intención de matar al animal. Después de un largo titubeo, se animó a preguntar sobre ello.

Por primera vez, el hombre realmente enderezó su jorobada espalda, fijándole la mirada. En su viejo, decaído y arrugado rostro, se permite a su vez asombrado esbozar una sonrisa. *Usted realmente se pasa de tonto*, expresó con sus labios temblorosos y fruncidos. *Y yo que pensé que a lo mejor habría venido a darme una mano.*

Pero si le digo que me perdí, dijo apresuradamente. *Quería preguntar por la ruta, y luego me agarró la noche...* tratando de evadir la propuesta de trabajo. *¡Incluso ya preferiría irme si usted pudiera explicarme en este momento, como llegar de aquí a Mokuš!*

¿A Mokuš? repreguntó.

Sí, asintió.

¿Y justo a Mokuš? estaba – era realmente obvio – bastante sorprendido.

Sí, solo pudo asentir de nuevo. *He estado buscando un camino todo el día.*

Ahora el anciano se dio vuelta y no dijo nada durante mucho tiempo. Luego volvió a girar y le sonrió en su cara. *Si realmente insiste en ir hacia allá*, estirando su mano en una dirección. *Si esto es realmente cierto*, dijo con una voz cambiada, *entonces si es así, espere un poco a que le coloque la herradura correctamente* – señalando a la vaca – *para que luego, por supuesto en lo que a mí respecta, ¡pueda montarla! De todos modos ¡ella seguramente también rumbeará hacia allá! ¿A dónde más, iría la viejita?*

[...]

7.

El párroco Jon Urski revolvió con un cucharón el fondo del cuenco –pero el mismo estaba casi vacío. Lo hizo estremecerse, y dejó de lado la cuchara y apartó el plato. El escribano Lanščak echó una mirada a la pila de huesos de ganso y solamente sonrió. De la manera que hablaron, así también comieron. Y sin embargo -al parecer- no era suficiente. Pero la esposa reacia del anfitrión, afortunadamente, no tenía intención de traer más comida.

Y - ¿entonces? suspiró el párroco.

¡A, entonces! el empleado exclamó. *Luego primeramente llegó la carta. Y en ella, el mensaje de Magda que esperaba un bebé.*

Cómo - !? Jon Urski eructó.

¡Sí, sí! el empleado asintió varias veces. *Marika Straj incluso afirmó que había unas cuantas cartas de este tipo. Y que todas ellas – no eran para nada lindas ni amables-*

El pastor volvió a eructar y apenas pudo tragarse el vómito.

¿O estaba tan molesto por el comentario de este hombre o se había llenado con la grasa de ganso? Pero de todos modos, -sintió ahora tanto en el abdomen como en el pecho y la garganta. Se sentía como si se hubiese desgarrado. Por eso se cambiaba de asiento, se rascaba y tragaba en vano. Luego solo empeoró.

¿No le cayó bien? Se preocupó al empleado.

No, no, negó. *Sólo pienso – frunciendo el ceño – pero qué: estaba esperando a su propio hijo?*

¡Y si! Lanščak insinuó ahora. *¡Le comenté que diríamos unas pocas palabras!* se encogió de hombros. *¿Quién lo sabría realmente? Pero – rascándose la calvicie – ¡porque eso no es lo principal en absoluto! Con el tiempo, Marika Straj encontró un canasto en el umbral.*

El pastor Jon Urski se puso de pie y se agarró el estómago. Se sentía mal y era insoportable, pero tenía que oírlo. *¿Canasto? él suspiró. Sí, ¿qué es un canasto?* preguntó, aunque ya lo había adivinado de alguna manera.

¡El bebé estaba dentro, por supuesto! Asintió el narrador.

Ahora lo estremeció hasta acalambrrarlo. Un sentimiento conmovedor que sintió desde sus entrañas recorrió todo su cuerpo, y al principio no le permitió, que siquiera pueda moverse. Pero cuando se dio cuenta de que iba a vomitar, ya era demasiado tarde. Tomó con sus dos manos el cuenco vacío, del cual previamente habían comido, y vomitó en él. Luego sintió retorcijones una y otra vez. Acompañados de estos inexorables calambres, sus ojos se llenaron de lágrimas y se quedó sin aliento, de tal manera que solo podía ver a su alrededor como si estuviese en un sueño. El buen hombre saltó, revoloteando a su alrededor, y su esposa se paró en umbral, gritando a viva voz. Sus gritos se escuchaban como el gorjeo de un pájaro grande, irreal y desconocido. Estaba totalmente cambiada – despeinada y desarreglada como una malvada-...

Ya me parecía que no le caería bien, comentó el escribano.

Pero ahora estaba mejor.

Y no le importaba en absoluto.

Se sentó en la silla que le ofrecieron, cubriendo el rostro con sus manos entrelazadas. Pensó en mil cosas a la vez y a su vez quería hacer otras tantas preguntas. Pero de alguna manera aún no tenía la fuerza, para pensar en todo esto. La antigua historia sin duda lo perturbó. Y esta no le dolió menos, que lo que estaba aconteciendo en estos días alrededor de él. Entonces -después de todo: ¿no dijo el escribano que todo había comenzado aquella vez? Pero, que: ¿todo? Fue pecado amar u odiar? ¿Salvó la vida o la muerte? ¿Invocó el destino de Dios o del diablo? ¿O sucedió algo completamente diferente y fue tal vez sea solo una coincidencia?

Usted, Sr. Lanščak, ¿cree eso? preguntó.

¿Por qué? dijo acercándose.

En todo, no apartó la mirada. Que fue realmente – eso. Que es verdad que hubo un niño. Y que ella lo chantajeó con él ...

-¡Ya sabe, incluso si no quiero hacerlo!- susurró el escribano. *Es un niño, sin embargo creció y todavía está aquí hoy. Ahora -¿el difunto pastor Janos Talaber realmente tenía la intención de ahogarlo? Pero ¿realmente lo habrá salvado el buen corazón de la parroquiana Marika Straj, que simplemente lo tomó como suyo? Eso probablemente nunca lo sabremos. Y por eso podemos pensar cada uno lo suyo.*

¿Qué -? lo abrumaba. ¿Y Magda? lo intentó nuevamente.

¡Le estoy diciendo! se acercó aún más. *Hay innumerables historias, -y ahora se trata simplemente en cuál quiera creer. ¿O que ella todavía está viva y en algún lugar detrás de las colinas llorando desconsoladamente? ¿O que, como sus dos hombres, hace mucho tiempo se encuentra en otro mundo? O que esté en algún lugar, entre el cielo y la tierra, todavía vagando y tirando su furia sobre nosotros?*

El párroco Jon Urski ahora simplemente miró hacia otro lado y se frotó los ojos.

¿Y en cual cree? preguntó de nuevo.

¿Yo - ? suspiró el escribano. Yo creo que realmente es ella. ¿Cómo cree que de otra manera me aferraría a usted juntando dinero para esta desafortunada iglesia?

Aguarde - ! lo paró en seco. ¿Como - ella?

Ella, exclamó el escribano. A quien trajo la niebla